

En memoria de gratitud a D. Jesús Querejeta, sacerdote y organista

Joseba M. Goñi Galarraga

A Milagros, madre e hija, Conchi, Maite y Mikel

El inexorable curso del tiempo, tan contundente sin duda para los entrados en años, nos ha golpeado en el inicio mismo del 2008 con la triste desaparición del organista de la Iglesia parroquial de la Asunción (matriz de las restantes parroquias) D. Jesús Querejeta Oharrichena, sacerdote y coadjutor de dicha templo durante más de cincuenta años (1951-2008), con la fortuita agravante de coincidir su muerte con la ausencia del coro parroquial de "su" instrumento musical, siquiera fuera para la celebración de sus exequias, a causa del obligado traslado a tierras palentinas para reparación y modernización del mismo, en el cuadro de las importantes obras de restauración que se están llevando a cabo en la casi cinco veces centenaria mole pétreo de su fábrica parroquial.

Quiero escapar en estas líneas de mi condición de profesor de historia innatamente inclinado a situar las cosas en la larga duración y que nos obligaría a esbozar un perfil de los órganos y organistas sucesivos de nuestro pueblo y parroquia a través de los años. Por fortuna esta tarea está cumplidamente historiada en la publicación "*Erreterria musikala/Rentería musical*" (1991); todo un lujo de libro monográfico sobre la música en un pueblo, incluida su música religiosa. Por lo que a nuestra tema toca, la contribución de Jon Bagués sobre la *organistía* como oficio ligado en algún modo al funcionariado municipal en virtud del Patronato que éste gozaba sobre la parroquia en los siglos del Antiguo Régimen, más el trabajo de Antontxu Sainz sobre la floración de *Coros* en el siglo XX, casi siempre con el fomento del canto religioso y folklórico confundidos y, en fin, mi propio trabajo sobre la *música litúrgica*, dan suficiente cuenta de ello.

Nuestro querido D. Jesús, ataundarra de nacimiento (1928) con madre de origen baztanés como su segundo apellido lo denota, se vio inmerso casi desde niño en un ambiente de estímulo musical de la mano de su tío D. Luis Oharrichena, prestigioso organista y



director de la Banda de Villabona, quien prodigaba su sombra sobre el joven seminarista, soñando en que un día pudiera sustituirle en la organistía de dicho pueblo; suficiente garantía de tal empeño constituyeron la vida reglada de internado de doce años en el seminario con clases particulares de aprendizaje de ejecución de piano y órgano, más armonía y composición, con

maestros consagrados como D. Tomás Chávarri, director del Conservatorio vitoriano y Don Julio Valdés eminentemente compositor, más las lecciones particulares que en verano prodigara el tío al sobrino.

Si bien el programado plan familiar no pudo llevarse a cabo, la orientación primera de encauzar al joven seminarista por el camino de una carrera de organista pudo garantizarse con creces en el seminario de Vitoria, dado el elevadísimo clima espiritual y esmero musical de sus servicios litúrgicos, sobre todo en la década de los años cuarenta - coincidentes con los de la formación de Querejeta -, antes de la división del seminario en 1953, tras ser erigidas las diócesis de San Sebastián y Bilbao. Las cotas de perfección en el canto gregoriano con profesores de Montserrat, la *Schola Cantorum* propia entresacada de una cantera de más de trescientos jóvenes con un repertorio musical de lujo para todo el ciclo litúrgico anual, visitas de notoriedades musicales y de ejecutantes de prestigio en su Salón de Actos y el día a día musical bajo la responsabilidad de D. José María Zapirain con quien D. Jesús sellaría vínculos de estímulo y amistad de por vida, colmaron su vocación musical.

El aterrizaje en Rentería no fue una prueba fácil para el novel clérigo de 25 años. Acogido con gran cariño en un hogar en razón de vínculos de amistad con tal familia que con el tiempo habría de convertirse en vínculo real de familia, sobrado de preparación en lo organístico y en la dirección de un coro parro-

quial masculino de raigambre secular en todas nuestras iglesias - otro sacerdote dirigía el coro femenino - Querejeta topó con otra herencia coral de altísimo prestigio aunque poco frecuente, incluso entonces, en los coros parroquiales por su dificultad intrínseca, la *Escolanía de triples* en la que su predecesor, fallecido un año antes, el sacerdote renteriano D. Juan Bautista Olaizola, había elevado dicho coro a una cota de gran prestigio, entendiéndose, incluso fuera de los lares renterianos, bien es verdad que por pocos años (1946-1951), a causa de su prematura muerte. No era fácil que tal heroica fórmula tuviera continuidad y desgraciadamente no la tuvo.

La llegada de un clérigo joven a la organistía sí tuvo el efecto inmediato de relanzar la actividad coral orfeonística, agrupación masiva de un coro mixto cuyas bases estaban supuestas en el coro masculino y femenino parroquiales, ahora programada además para cultivar el canto profano de nuestro rico folklore en conciertos y manifestaciones públicas. La nueva coral optó por llamarse *Orfeón Renteriano*, sin duda en recuerdo de otras dos agrupaciones del género anteriormente existentes (1898-1906) y (1924-1931?). Esta tercera versión de coral mixta (1953-1961) cubrió casi un decenio de actividad musical. Insustituible en el concierto nocturno de la víspera de la Magdalena, con salidas excursionísticas e invitaciones artísticas a pueblos de un amplio entorno - sin excluir entonces Iparralde - requeridos para efemérides de postín. Página ésta perteneciente a la biografía de Querejeta como director coral.

El decenio de los años sesenta del siglo está marcado en lo músico-coral entre nosotros por un giro, diríase, acorde con lo sucedido en otros órdenes de la vida social -sin excluir en tal envite a la misma Iglesia en cuanto institución-. Enumeremos. Que la etapa orfeonística ya caducada pudiera ser o no razón de la proliferación de agrupaciones musicales jóvenes como ochotes, sextetos, quintetos, lidiando en concursos y participando en fiestas locales; que también se diera una cierta emigración de cantores a prestigiosos coros de la ciudad atraídos por el repertorio de la gran música, etc; que el año 1966 marca un hito en nuestra historia musical con la arribada a la parroquia de los Capuchinos de D. José Luis Ansorena con un ambicioso plan llevado a la realidad empezando por la *Coral Andra Mari* seguida de la creación de *Musikaste* más el Archivo de músicos vascos *Eresbil* no necesita mayor ponderación. Desde sus inicios la dualidad de dos coros parroquiales masculinos fue sin duda compatible, sin que la Asunción se resintiera dada la suficientes reserva de cantores, fieles a las citas más solemnes de la liturgia de la Iglesia matriz .

El verdadero terremoto llegó a los coros parroquiales de donde menos podía esperarse, de la propia Iglesia al proponer en el Concilio Vaticano II (1962-1965) una reforma de la liturgia que tanto afectó a la





música coral. En ésta se calificaba a dicha música, como "*munus ministeriale*", es decir, como realidad ministerial del rito sagrado y no sólo algo estético-ornamental. Por otro lado, la nueva importancia participativa atribuida al pueblo en el canto –en lances como el *Gloria*, *Credo* y *Sanctus*, etc, piezas mayores de los repertorios corales hasta la fecha- junto al abandono del latín en beneficio de las lenguas vernáculas, arrumbó de un trazo el protagonismo concertístico de los coros empolvando el riquísimo repertorio de "*misas*" con los que tan identificados se sentían los cantores, así enseñados desde 1903 en que el Papa Pío X impulsara una reforma musical aplicada en nuestra diócesis con un fervor ejemplar, tanto en el canto del gregoriano como en la ejecución de misas "*perosianas*" (por citar a uno de los compositores más emblemáticos), sin olvidar el inmenso repertorio de canto popular paralitúrgico, confeccionado en gran parte por una élite de compositores vascos que todavía hoy nos produce emoción y pasmo.

Obligado dar por supuesto que Don Jesús Querejeta y su generación de clérigos organistas y directores de coro vivieron este doble proceso con incertidumbre y preocupación por su impacto en tantas sensibilidades artísticas y en algunos casos con irreprimible disgusto, aunque a los clérigos su condición de tales les obligara a asumir y liderar normas y criterios que emanaban nada menos que de un Concilio. Los conatos iniciales de tal revolución musical no podían ser brillantes frente al rico patrimonio que se aparcaba. Entre nosotros al reto de comenzar casi de cero la confección de un nuevo repertorio coral no le faltó un incentivo histórico muy estimulante: la confección y enseñanza de un cantoral y repertorio litúrgicos en euskera, además de la asimilación de lo nuevo que surgiera en castellano

Nos atrevemos a consignar que el esfuerzo de asimilación del nuevo espíritu conciliar trasformó la personalidad de nuestro organista hacia una actitud más pastoral de lo coral y a una espiritualización más profunda del arte musical. Por lo demás, llega el caso de recordar que Don Jesús desde su llegada a Rentería fue además de organista, coadjutor, compartiendo desde los años iniciales con sus, al menos, cinco colegas, tareas de catequesis, predicación y el oficio de confesor en el sacramento de la reconciliación, trabajo

éste al que dedicó muchísimas horas, incluido el paréntesis de las homilias dominicales del párroco, corriendo del banco del órgano al del confesionario. Con el correr de los años y en la medida en que sus colegas sacerdotes primeros, todos mayores que él, desfilaban inexorablemente hacia la jubilación y la muerte, Don Jesús acumuló sobre sí otra responsabilidad pastoral fundamental como la asistencia domiciliaria a enfermos y moribundos, obra muy estimada por la feligresía. En fin, su última faceta organística –dígase con simplicidad- se cumplió en los últimos años, con la extraña experiencia cada vez más frecuente (fueran funerales, misas de menor rango, bodas, etc...) de verse obligado a doblar la ejecución del órgano con el ejercicio de solitario cantor, sin otro cómplice que un micrófono lateral que supliría la ausencia de cantores en la función litúrgica. Mucho habían cambiado las cosas desde antaños tiempos....



* * * *

No acierto a terminar esta obligada evocación de D. Jesús, sin decidirme a exteriorizar el ideal interior que sin duda movió sus quehaceres musicales, traducción de su vocación sacerdotal que es tanto como decir de su espiritualidad más íntima y personal: el servicio litúrgico como organista y maestro del canto entendido como una función de privilegiadísimo orante en la asamblea de Dios.

Si el canto es la expresión más elevada de la oración, según la lacónica fórmula agustiniana: "*quien canta ora dos veces*"; el mero placer estético no le da a este dicho su plena significación, si no se le añade la condición de *qué se canta* y *por qué se canta*: "*cantad al Señor un cántico nuevo*", en expresión bíblica retomada por la liturgia. Al humano cantar, la liturgia cristiana le añade un requisito más: se trata de cantar "*un cántico nuevo*", siempre el mismo y siempre nuevo; el canto de quien ha aprendido a amar la Vida Nueva. "*Cantad a Aquel a quien amáis, un cántico en su honor y alabanza (...)* La alabanza consiste en el mismo cantar. *¿Queréis rendir alabanzas a Dios? Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar. Vosotros mismos sois su alabanza, si vivís santamente*" (S. Agustín). ■